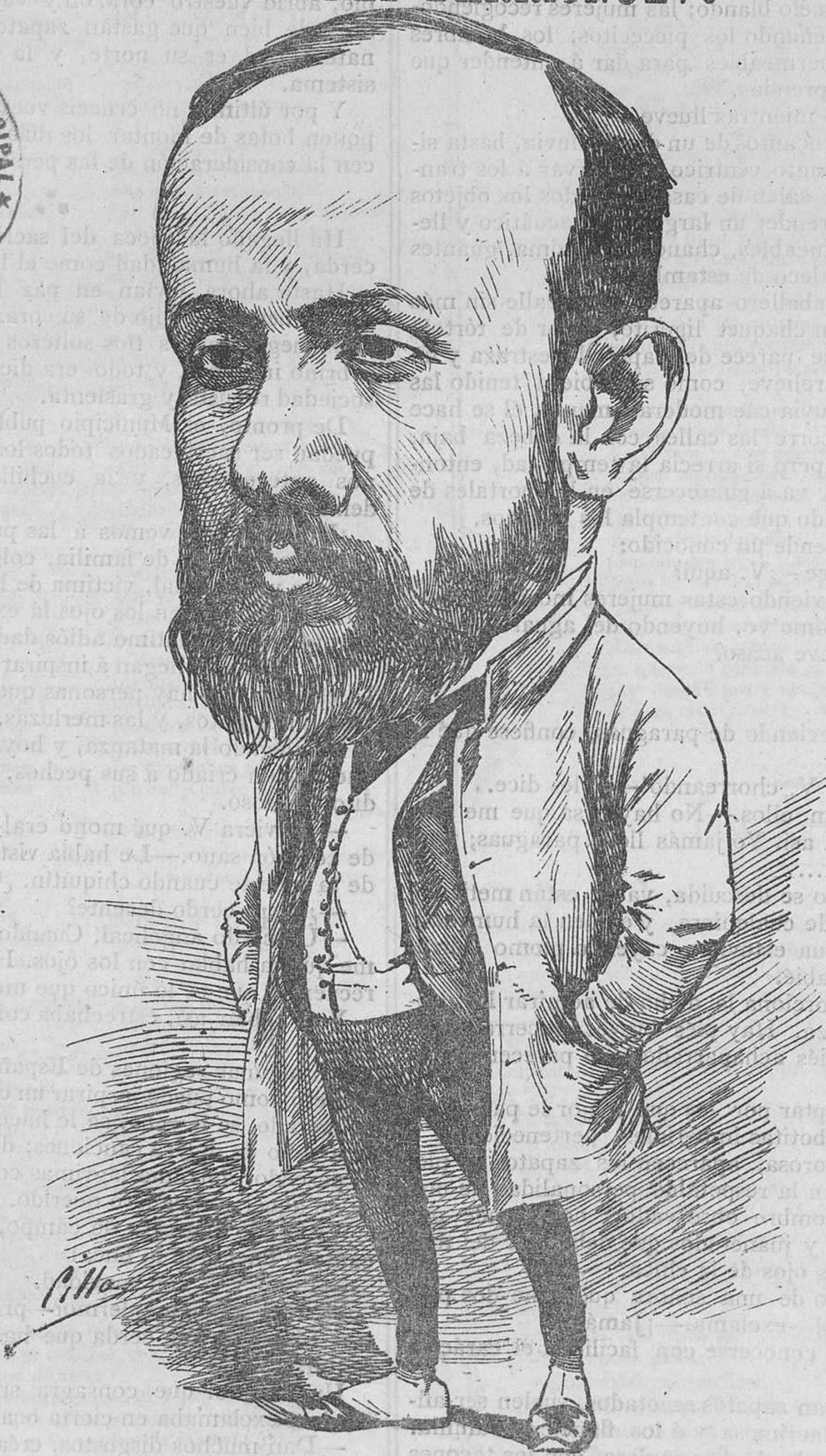


Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS NOVELISTAS M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO



Es un chico de valía
que de las novelas vive,
y tan fecundo, que escribe
cuatro ó cinco cada día.

Lit. Espiritu-Santo, 18. Madrid

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Las mudanzas, por Vital Aza.—La noche de ánimas, por Sinesio Delgado.—Por ser feo, por Manuel Matóses.—Una duda, por Fiacro Iráyzoz.—En el Imperial, por Emilio de Motta.—Cisnes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: M. Martínez Barrionuevo.—Variedades.—El comercio, por Cilla.



Tiempo variable, suelo blando; las mujeres recogiendo las enaguas y enseñando los piecitos; los hombres embutidos en los impermeables para dar á entender que poseen toda clase de prendas.

Madrid es delicioso mientras llueve.

Para conocer los encantos de un día de lluvia, basta situarse en cualquier punto céntrico y observar á los transeuntes. Los hay que salen de casa con todos los objetos necesarios para emprender un largo viaje acuático y llevan paraguas, impermeables, chanclos de goma, guantes de piel de perro y chaleco de estambre.

En cambio algún caballero aparece en la calle sin más envoltura que la de un chaquet ligerito, color de tórtola vieja, un pantalón que parece de papel de estraza y un hongo con pintas de relieve, como si hubiera tenido las viruelas. Cuando la lluvia cae moderadamente, él se hace el desentendido y recorre las calles con la cabeza baja, arrimado á la pared; pero si arrecia la tempestad, entonces apela á la fuga y va á guarecerse en los portales de los fotógrafos, fingiendo que contempla los retratos.

A lo mejor le sorprende un conocido:

—¡Hombre!—le dice—¿V. aquí?

—Sí señor; estaba viendo estas mujeres morrocotudas.

—¿Ha venido V. como yo, huyendo del agua?

—¿Pero, qué? ¿Llueve acaso?

—Claro que sí.

—Pues no lo sabía...

No hay quien, careciendo de paraguas, confiese que la humedad le molesta:

—¡Caramba, viene V. chorreando!—se les dice.

—¡Quiá!—contestan ellos.—No hay cosa que me guste tanto como un día así. Yo jamás llevo paraguas; y no es porque no le tenga...

Pero en cuanto uno se descuida, ya se están metiendo debajo del paraguas de cualquiera, y eluden la humedad, como si en vez de agua estuviera cayendo plomo derretido ó discursos de Fabié.

La lluvia nos proporciona la dicha de admirar los prodigios de la naturaleza. Hay piés breves, encerrados en finísimo taflete, y piés achaparrados que parecen cartucheras.

El público puede optar por los que mejor le parezcan.

Al lado de unas botitas imperiales, pertenecientes á una niña pura y candorosa, aparecen los zapatos de piel de cabra que sostienen la respetable personalidad de una suegra futura. El hombre observador, comprende por aquellos piés amplios y juanetudos que debe huir del matrimonio, y aparta los ojos de la chica.

—¡Ser yo el yerno de una señora que tiene dos piés como dos cartapacios!—exclama.—¡Jamás!

Por los piés puede conocerse con facilidad el carácter de las criaturas.

Las jóvenes que usan zapatos escotados, suelen ser aficionadas á la poesía lacrimosa y á los flanes de vainilla.

Las que gastan el calzado á la inglesa, con los tacones en forma de cajas de betún, prefieren á la poesía la carne medio cruda, y si algo leen es la sección de noticias terribles de *La Correspondencia*.

Toda mamá que encierra los piés en botitas de paño

forradas de bombasí, tiene, por lo general, buenos sentimientos, y es partidaria de la compota. La que utiliza las botas de su esposo en los días de lluvia, puede asegurarse que dominará á su yerno el día que le tenga, y sería capaz de pegarle fuego á la casilla de consumos si llegarán á detenerla los guardas.

No hay nada más pretencioso que el calzado de punta larga y estrecha. Parece que su dueño desafía á todos los elegantes, y que ha venido al mundo con el propósito de destrozar corazones femeninos. Cuando las botas son chicas, hasta el punto de mortificar los piés del propietario, éste quiere dar á entender que es persona bien formada, y que lo del pie pequeño le viene de familia.

Aún hay por ahí quien usa las botas de punta cuadrada. Desconfiad de estos rutinarios empedernidos, y no les prestéis dinero, porque no os lo devolverán. En cambio, abrid vuestro corazón y vuestro bolsillo á los hombres de bien que gastan zapatos de punta redonda: la naturalidad es su norte, y la rectitud de principios su sistema.

Y por último, no crucéis vuestro saludo con los que se ponen botas de montar los días de lluvia: esos no merecen la consideración de las personas serias.

*
*
*

Ha llegado la época del sacrificio para el ganado de cerda, y la humanidad come el lomo sin enternecerse.

Hasta ahora vivían en paz las familias cerdunas: la madre besaba al hijo de su corazón; el padre se dedicaba á sus negocios: los tíos solteros colmaban de agasajos al sobrino inocente, y todo era dicha en el seno de aquella sociedad robusta y grasienta.

De pronto, el Municipio publica un bando para que puedan ser sacrificados todos los cerdos que reúnan buenos antecedentes, y la cuchilla del matarife hace lo demás.

¡Horror! Hoy vemos á las puertas de las carnicerías al honrado padre de familia, colgado por las patas como si fuera un criminal, víctima de la justicia humana. Alguno tiene todavía en los ojos la expresión del pesar que le ha producido el último adiós dado á su señora é hijos.

Los animales llegan á inspirar mucho cariño, y la prueba está en que hay personas que se sacrifican por los perros, y los gatos, y las merluzas.

Ha llegado la matanza, y hoy gimen algunas personas que habían criado á sus pechos, como quien dice, al cerdito cariñoso.

—¡Si viera V. qué mono era!—nos decía una señora de corazón sano.—Le había visto nacer; le había salvado de la muerte cuando chiquitín. ¿Cómo no tomarle cariño?

—¿Y era cerdo decente?

—Un cerdo angelical. Cuando le mataron parece que me quería hablar con los ojos. Hoy tengo de él este pobre recuerdo, que es lo único que me consuela en el mundo.

Y al hablar así, estrechaba contra su corazón una morcilla.

En algunas regiones de España el cerdo inspira tanto respeto como puede inspirar un cura. Se le trata con mimo exagerado, se le ceba, se le hace la cama y se le duerme al arrullo de dulces canciones; después se le vende, pero el poseedor derrama lágrimas como puños al desprenderse de aquel compañero querido.

Visitando una casa de campo, nos decía en tono suplicante el dueño de la finca:

—Pisen VV. con suavidad.

—¿Hay alguien enfermo?—preguntamos.

—Sí señor; una cerda que ha dado á luz y está delicadita.

Un labrador que consagra su existencia á la cría de cerdos, exclamaba en cierta ocasión:

—Dan muchos disgustos, créalo V. Días pasados tuve yo uno con las viruelas.

—¿Y cómo le curó V.?

—Sudando los dos juntos.

*
*
*

Un nuevo poeta.

D. Ricardo J. Catarineu ha publicado un libro con el título de *Versos*, que merece ser leído, cosa que no suele ocurrir, por desgracia.

El libro que ahora recomendamos contiene bellísimas poesías, mucho mejores desde luego que las que elogia Cañete á cada paso.

Pero, de todas suertes, aconsejaríamos al poeta que tomase la cosa como pasatiempo únicamente. La alimentación hay que buscarla por otro lado.

Grilo, con ser Grilo, ha tenido que meterse á funcionario público.

LUIS TABOADA.

LAS MUDANZAS

—¡Y vuelta á mudar de casal
¡Tomasa, esto es demasiado!
—Pues hijo, ya está acordado.
—Pues has hecho mal, Tomasa.
—Es que este cuarto es muy feo;
quiero otro más elegante.
—No hay mobiliario que aguante
tan continuo traqueteo.

Dos años hace en San Blas
que nos casamos los dos,
y ya llevamos, por Dios,
catorce casas ó más.

En todas encuentras peros,
y de este modo la gente
pensará seguramente
que nos echan los caseros.

Hemos recorrido ya
cuantos barrios hay aquí.
Vivimos en Chamberí,
en la Puerta de Alcalá;

calle de Atocha, Regueros,
Plaza de Oriente, Argensola,
Clavel, Colón, Baño, Bola,
Luna, Olivo, Tragineros,

Ferraz, Cervantes, Barquillo...
y hoy, para colmo, ¡oh torpezal
se te ha puesto en la cabeza
la calle del Bonetillo.

—Pues firmarás el contrato.
Es un principal precioso,
nuevecito, muy lujoso,
muy alegre y muy barato.

Te aseguro, Emilio, que es
una monada.

—Lo creo,
pero dirás que es muy feo,
de seguro, antes de un mes.

—Será la última mudanza.
—Pues bien lo necesitamos,
porque si no, nos quedamos
sin muebles y sin fianza.

Mujer, cesa en tus manías,
Eso es tirar el dinero.
Una vez porque el portero
no te da los buenos días;

otra vez por los vecinos,
otra vez porque no hay fuente,
y otras veces porque enfrente
han puesto tienda de vinos;

siempre encuentras un pretexto
para tomar nueva casa,
y ya comprendes, Tomasa,
que no puedo sufrir esto.

—¡Este cuarto es un horror!
—Pues hacé un mes te ha gustado.
—¡Justo! Pero el excusado
despide muy mal olor.

—Vamos, ¡tienes unas cosas!
—¡No sufro más! ¡No lo esperes!
—Pero, mujer, ¿cómo quieres
que un retrete huelga á rosas?
—Pues bien; no me da la gana
de que aquí nos asfixiemos.
—¡Corrientel! Nos mudaremos
mañana por la mañana.

—Así... ¡Vamos!... ¡Cuidadito!...
Que no se roce el sofá...
Ahí va la mesa... ¡Ajajá!
¡Cuánto polvo!... ¡Dios bendito!
¡No se respire!... —Mujer,
que descuelguen con cuidado
el espejo, está sedado
y se les puede romper...

Saque usted ese catre viejo
y esa cómoda vacía...
¡¡Cataplúm! ¡No lo decía?
¡Se hizo añicos el espejo!

¡Andando! ¡Cómo ha de ser!
¡Lástima de mobiliario!...
Que desarmen ese armario...
¡Ahí va la vajilla!... ¡A ver!

En la cesta irá mejor...
¡Cuidado con la vajilla!
Mire usted que es muy sencilla,
que es de loza superior...

¡Calma! No hay prisa ninguna...
Allá voy yo... ¿Qué sucede?
¡Pues si usted solo no puede
con el armario de luna!

¡Dejel! Yo le ayudaré...
¡Arriba!... ¡Más!... ¡Más!... ¡Canario!
¡Maldito sea el armario!
¡Casi me ha deshecho un pie!

Oigo ruido en la escalera...
De fijo alguna trastada...
¡Chico! ¿Qué se ha roto?

—¡Nadal!
Diez platos y una sopera.
—¡Ay qué mujer! ¡Y qué gente!
¡Qué mudanza! ¡Es un mareo!...

.....
¡Gracias á Dios que me veo
instalado nuevamente!

Ya están Emilio y Tomasa
á los dos meses escasos,
dando en Madrid muchos pasos
para buscar nueva casa.

Cuando, á mi modo de ver,
lo que le conviene á Emilio,
no es mudar de domicilio,
sino mudar de mujer!

VITAL AZA.

LA NOCHE DE ANIMAS

(MEMORIAS DE UN MUERTO)

Por un pecado leve
que ya no sé cuál fué, creo que un beso
en un cutis de nieve
que suave borla embadurnó de yeso,
conoció el Ser Supremo mi impureza
y me echó al Purgatorio de cabeza.

Pasaron días, meses ¡no sé cuántos!

de torturas que el mundo desconoce,
hasta que al dar las doce
de la noche del día de los Santos,
súbita claridad, como reflejos
del sacrosanto fuego de la gloria
cayó desde allá arriba, de muy lejos,
en la triste mansión expiatoria.

Y una voz de dulcísima armonía
nos dijo:—¡Pecadores,
por orden del Señor de los Señores
libres os dejo hasta rayar el día!—

Las almas se lanzaron á la puerta
volando en pelotones hacia el mundo,
y en menos de un segundo
la inmensa cárcel se quedó desierta.

Subía hasta nosotros desde el suelo
murmullo de sollozos y plegarias;
brillaban lamparillas funerarias
como estrellas del cielo...
¡Era nuestra la noche! Las campanas
nos traían recuerdos expresivos
que á sus almas hermanas
enviaban los vivos...

Yo penetré en la casa que fué mía
buscando á Estefanía,
la fiel y dulce esposa,
que por la Virgen me juró llorosa
morirse ella también, si me moría.

Y al acercarme al lecho,
¡aquel lecho nupcial casi sagrado!
me hubiera desgarrado
con rabia el pecho, si tuviera pecho.
¡Había un hombre allí! ¡Y Estefanía
apoyaba en su brazo la cabeza
con esa languidez de la pereza
que produce el amor, cuando se hastía!
Lo que pasó por mí no sé de cierto.
¡Tan honda fué mi pena,
que maldije mil veces la cadena
que me impidió morir estando muerto!

Bendijo aquella unión el sacerdote
lo mismo que la mía...
Acaso la pareja se quería
y aquel marido nuevo, aquel pegote,
del alma del antiguo se reía...
Ocupaban mi lecho
con perfecto derecho.
¡Aquello era legal! ¿Qué duda cabe?
¡Pero he sufrido lo que Dios no sabe!
¡Comprended estos celos impotentes
como hierros candentes!
¡Este suplicio eterno
en que todo consuelo es ilusorio!
¡Ay! desde aquella noche el Purgatorio
es para mí algo más... ¡Es el Infierno!

SINESIO DELGADO.

¡POR SER FEO!

¿Ustedes se habrán enterado de lo que ocurrió el otro día en Salamanca, en la estación del ferrocarril?

¡Ah! Pues es una cosa que merecé una comedia.

Por supuesto, una comedia regularmente escrita y con algo de gracia, porque de las escritas en japonés y con el regocijo de un responso, ya tenemos buena cosecha.

Vaya, pues, el argumento que puede aprovechar cualquiera de nuestros autores cómicos, ¡el más original! (¡A que no aciertan VV. á quién aludo!)

Va á salir un tren de la estación.

Un caballero modestamente vestido recorre impaciente todos los coches, inspeccionando los viajeros.

De repente da dos pasos atrás y dice con extrañeza: «¡¡Ah!!»

Luego se dirige al público (ya sabemos que nuestros actores todo se lo cuentan hoy al público, y especialmente las cosas reservadas. ¡Este público es tan prudente!) Se dirige al público, y poniéndose el índice en la boca para denotar silencio, exclama en voz baja:

—¡Cielos! ¡Sí! ¡Ella es! ¡No cabe duda!

—Y después grita:

—¡Guardias! ¡Guardias!

Los guardias se presentan. Cosa rara, ¿eh? Bueno; por eso decimos que esto tiene facha de comedia, y ahora añadimos que de comedia inverosímil. En la vida real, cuando los agentes de orden público oyen gritar «¡Guardias!», echan á correr en di-

VARIEDADES



Los que alegran la función per saecula saeculón.

—Oye, Carmen, me parece que tienes tantos líos como la otra, y te voy á prohibir las representaciones.
—¿Y si te suprimo yo antes, lucero?

—Si os subleváis otra vez, voy á decir que me hagan Gobernaor, pa tomar la frábica, y pa tomarte á tí, y pa tomar too lo que se presente.

Las casadas agraciadas me arrebatan los sentidos. Sin embargo, las casadas serían más deseadas si no tuvieran maridos.



—O arráncame el corazón ó ámame, porque te adoro.
—¿Quién te enseñó esa oración?
—En el cláustro y en el coro.
—¡Pues vaya una educación!



—¿No se llama usted Lucía Mejía?
—No, Zurbarán.
—Lo siento, porque diría con doble razón don Juan: «¡Buen busto es el de Mejía!»



—Está visto. Ya no hay Tenorios que la roben á una...



Unas veces de vestal, otras de guardia de honor. Y de un modo está muy mal y de otro modo peor.

rección contraria á las voces. ¡Son hombres modestos! ¡No les gusta meterse en ruidos!

Conque... llegan los guardias, como íbamos diciendo.

Guardia 1.º.—¡Caballero, nu alborote ustez el orden públicu! (Por supuesto, que el guardia habla con acento gallego, para lo cual no hay sino convertir las *oo* en *uu*. Cojan VV. un libro de Balaguer, sustituyan las *oo* por *uu*, y parecerá que lo ha escrito el aguador de casa. Quedamos en que los guardias hablan en gallego. Es cosa convenida que en el teatro los guardias, los cocheros y los serenos sean paisanos de Becerra.)

Continuemos:

El caballero.—¡No señor! ¡No quiero alborotar! ¡Yo soy hombre de orden, aunque desgraciado!

Guardia.—¡Hable ustez!

Caballero.—Yo, señor guardia, soy casado; es decir, parece como que soy casado.

Guardia.—Pur lo cevil ó pur lo creminal.

Caballero.—Por ámbos hemisferios.

Guardia.—Yu también soy casadu; peru por un solu sistema.

Caballero.—Pues bien, señor guardia, ampare V. á uno del gremio; prenda V. á mi mujer.

Guardia.—¿Pur qué?

Caballero.—¡Porque se me escapal! ¡Se quiere marchar en este tren!

Guardia.—Hombre, ¿y ustez se llama desgraciadu? ¡Cuántu daría yo pur que se escapara la mía! ¿Dónde está la mujer de ustez?

Caballero.—¡En ese vagón!

Se acercan al coche, y el guardia, puesto ya el pie en el estribo, dice:

—¡Señora, échese ustez abajul!

La señora.—Zeño guardia, zoy una zeñora, respéteme uzté, no m'atroye uzté.

(Otro paréntesis: En el teatro, las mujeres que se la pegan á su marido son, por regla general, andaluzas; y ya se sabe el procedimiento para que lo sean. No hay más que hacerlas hablar como hablan los que tienen frenillo: todas las *ss* las pronuncian como *zz*. Además, llevan mucho colorete y flores de papel en el moño.)

Señora.—Zeño guardia, yo zoy una zeñora dezgraziá...

Caballero.—Pero Angustias de mi vida, hija mía, ¿es posible?...

Señora.—Cáyeze uzté, zo mala zombra; no me dirija uzté el uzo de la palabra.

Caballero.—¿Lo ve usté, señor guardia?

Guardia.—Yo nu veu ni entendu palabra.

Caballero.—Señor, pues la cosa es clara; esta señora es mi esposa, yo soy su esposo...

Señora.—¡Ay! Zizeño, por mi dezgrazia.

Guardia.—Señora, nu interrumpa ustez.

Caballero.—Una vez se me escapó con no sé quién, es decir, sí lo sé, pero no quiero acordarme; intervinieron las autoridades y me la trajeron á casa.

Señora (rápidamente).—Pe caquí no hay jutzicia, ni orden, ni dinidad, ni cabayeroz generozoz.

Caballero.—Ahora se me vuelve á escapar... tampoco sé con quién...

Señora.—Con una perzona que zea perzona y zujeto dirno, y no uzté, que tié la cara ma difurtoza que ha zalío ar mundo; pero ¿uzté no le ven? ¡Zi ezo no ez caral! ¡Zi ezo é un móztruo de loz que pintan pa jazé de coco á loz niños! ¡Zi ezte hombre ez imposible que zea hijo de Dios!

Coro (no viene mal un poquito de música).

¡Já já, já, já!
¡Qué feo es!
¡Tiene razón!
¡Pobre mujer!
¡Pobre mujer!
¡Tiene razón!
¡Tal esperpento
jamás se vió!

Guardia.—Yo nu había reparadu; pero efetivamente es ustez un poquito feu, tirandu á demoniu infernal.

Caballero.—Pero hija mía, Angustias de mi vida, ¿no era ya feo cuando nos casamos?

Señora.—¡Ay! Zizeño; pero no tanto como ahora. Eza feardá va en aumento; yo no zé dónde vzté á pará. Ezo creze maz de priza que un lobaniyo.

Guardia.—Peru ustez nu tiene más remediú que irse á vivir con su maridu, comu manda el catecismo.

Señora.—Er catezimo no ze meté en ezo.

Caballero.—¡Pero Angustias!...

Señora.—¡Que no, vamož, que no!

Guardia.—Señora...

Señora.—¡Que no, y que no! Manque lo mande er zeño Go-

bernaó, y er Papa que eztá en Roma, y la mare de laz Anguztia, que ez mi mare y patrona, yo no vivo con un hombre que me mete miedo de noche.

Caballero (llorando).—No en balde eres mi Angustias.

Señora.—¡Miren uztede qué cara ponel!

Guardia.—¡Caballero! Nu llore ustez, que se le sube la fealdaz mucho más.

Coro.

¡No llore usted!
¡Que eso es peor!
¡Que eso no es cara,
que es maldición!

Caballero.—¡Bueno, no lloraré! Pero yo reclamo lo mío; tengo derecho á mi esposa, y quiero que me la den.

Guardia.—Esu... lus tribunales y el Códigu de cumercio lu dirán. Andandu al Juzgadu de guardia.

Señora.—¡Qué dezgraziáta zoy!

Caballero.—¡Qué Angustias!

Coro final.—No se debiera casar
el que nace pobre y feo,
á menos que se conforme
con que le nazca
muy fuerte el pelo.
¡Pobre mujer!
¡Tiene razón!
¡Hombre tan feo
nunca se vió!

Luces de bengala, un poco de canción, y abajo el telón.

MANUEL MATÓSES.

UNA DUDA

Yo conozco una chica
que me enamora,
tan esbelta, tan guapa,
tan seductora,
que hace ya cuatro meses
que, poco á poco,
sin notarlo yo mismo
me tiene loco.
Principió mi cariño
por devaneo,
fué después progresando,
llegó el deseo,
y hoy que ya he conseguido
lo que quería...
¡me tiene más chiflado
que el primer día!
Ya sé yo que al saberlo
dirá la gente
que lo que á mí me pasa
no es muy frecuente;
mas ¿cómo evitar esta
pasión sencilla
si el corazón lo tengo
de mantequilla?
Lo malo, lo espantoso,
lo horripilante,
es que aquella muchacha
tiene otro amante,
y al saber que es antiguo,
según mi cuenta,
me ha asaltado una duda
que me atormenta.
¿Quién hace el papel, digan,
más desairado?
¿El amante que paga
ó el duplicado?
De una parte se observa,
claro y palpable,
que el papel del primero
no es envidiable,
porque víctima siempre
del mismo juego,
cuando menos lo piensa
¡le echan el pegol!

Y por otra me digo:
—¡Valiente bruto
el que acepte las gangas
del sustituto,
y en momentos supremos,
aunque lo evite,
llegue el otro á sus anchas...
y se la quite!

.....
¿Y qué hacer? ¡No me ocurre
sencillamente
la solución posible
de este incidental!
¿Despreciar su cariño?
¡Nunca! ¡Qué espantol!
¡La chiquilla es tan guapa!...
La quiero tanto!...
De cualquiera manera
salgo perdiendo.
¡Si encontrara yo un medio
que no comprendol...
¡Caracoles, qué ideal!
Ya lo he encontrado
para salir de trance
tan apurado.
Lo que yo necesito,
y esto se explica,
es entrar en amores
con otra chica,
que creyendo, inocente,
mi amor sincero,
me coloque en el caso
que está el primero.
De este modo, está claro,
sin más razones
que la ley de las sabias
compensaciones,
no viviré corrido
siempre en un potro,
¡pues si pierdo en un lado...
gano en el otro!

FIACRO YRÁYZOZ.

EN EL IMPERIAL

Buenas tardes, Manolo, ¿qué hay de nuevo?
—Pus mirándolo bien, hay mucho malo;
desde que ví los toros que me tocan
estoy de mal humor.

—¿Por qué, muchacho?

—Porque, chico, no he visto en toa mi vida
unos cuernos tan finos y tan largos.

—Tú te quejas de vicio; ¿no te toca
el becerrete aquel berrendo en cárdeno?

—¿Becerrete le llamas?; si es un bicho que lo menos tendrá veintiséis años; ya ves, mayor de edad, y es en conciencia una falta y un crimen el matarlo. El Alcalde del pueblo es muy borrico y ha comprado pa la fiesta dos torazos. —Me parece que tienes canguelitis. —¿Canguelo yo? ¡que gracioso!

—Se ve claro: te parece mu grande, y es un choto que no puede siquiera con el rabo —Lo que tengo es vergüenza ¿me comprendes?; y mucho *pidonor*. Mira, *Gusano*, yo soy un buen torero y me contratan pa que mate los bichos que son bravos; pero nunca los güeyes.

—Pos el negro es un toro pequeño, y ese, es claro que te le comerás.

—Quítate hombre, lo que es el negro... ¡ni pa Dios le matol es muy vivo de genio, y es posible que me diera un disgusto, el arrastrao; y si al menos me diesen mucha guita... pero eso de matar por cuatro cuartos... Porque, vamos á ver: ¿y si me coge esa babosa de los cuernos largos y me tiene en la cama cinco meses dándole que ganar al boticario? ¿Sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que siento casi, casi, el haberme contratao. —Pero ¡qué pelma eres! ¡qué miedoso! ¿y tienes tú coleta!

—Oye, *Gusano*: que no estoy pa bromitas; no *calunies*. ¿Quiés hacerme un favor?

—Venga, muchacho. —Pos mira, vete al pueblo, y al Alcalde le dices que me he muerto, ó que estoy malo, y que pa no faltar al compromiso has ido tú por mí pa despacharlos. Ya ves que son dos chotos muy pequeños y no te costará mucho trabajo. Te doy lo que ajustemos, y los matas, haciéndome un favor que yo te pago. —Pos mira, la verdad, con los amigos me gusta quedar bien si mandan algo, tú lo sabes, Manolo. Si no fuera... porque tengo un dolor en esta mano... yo solo mataría las babosas y no te cobraría ni un ochavo. Además son muy grandes, tú lo has dicho, y tú no mientes nunca. Yo me marchó; ya sabes que lo siento muy de veras. Hasta luego, Manolo.

—Adiós, *Gusano*.

EMILIO DE MOTTA.



Gracias á Dios, los Poderes públicos han hecho algo para evitar en lo posible las sustracciones en Correos.

Se ha creado un giro especial para suscripciones de periódicos, cuyas libranzas se venderán en todas las expendedorías de efectos timbrados.

Como estas libranzas sólo pueden hacerse efectivas por el administrador, á cuyo nombre están expedidas, resulta que se han quedado á la cuarta pregunta los que metían los dedos en los sobres para ver si traían algo dentro.



Un Sr. Ulbach, como si dijéramos, nadie, que formaba parte de la comisión francesa para el Congreso literario (¡valiente Congreso!) nos está poniendo cual digan dueñas en los periódicos de su país.

Estos francesitos son deliciosos. Llegan á España, se pirran por los toros y el *cante*, y después que los han obsequiado con una galantería que no merecen, van y se desatan en improprios. Por supuesto, nadie tiene la culpa más que nosotros, que recibimos con palmas á cuatro nulidades.

Y los que copian las mamarrachadas de *vaudeville*.



Tiene don Juan Aguilucho á prestar tal afición, que en vez de decir—Ya escucho—dice—Ya *presto* atención.

R. MATEOS Y SOTOS.



Hablando de regalos de boda, dice un periódico: «Entre los presentes figura una gran cruz de Carlos III, cuajada de brillantes, de gran peso...»

Por grande que sea el peso, don Antonio, más pesa aún la cruz del matrimonio.



Anuncio diario de *La Correspondencia*:

«Aprender idiomas con Hughes.»

¡Caramba! No queremos.

Y además, no se dice *aprender* idiomas; se dice *aprended* ó *aprendan* ustedes...

Es bueno aprender el castellano primeramente.



En los días anteriores han corrido mil azares lo menos veinte ejemplares de otros tantos suscriptores.

No es que yo crea impedirlo, quejándome amargamente.

¡No; lo digo solamente por el gusto de decirlo!



¡Ensancháos, corazones!

Va á ensayarse el sistema de *irradiación* para los sorteos de la lotería nacional.

Ahora ¡pidan VV. más gollerías!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. A. A.—Tarragona.—Siguen los defectos. Hay bastantes versos mal medidos.

Sr. D. A. G. de Q.—Madrid.—Aceptada.

Trompeta.—Ha querido V. hacer endecasílabos y, como si no, morena! *Licenciado Mostaza*.—¡Si viera V. cuántos epigramas se han hecho con el cuentecito esel!

G. G. M.—Burgos.—Son demasiado tristes, y además, cuando pudieran publicarse habrían perdido el dón de la oportunidad.

El tío de las ocho iniciales.—Eso es una vulgaridad como una pagoda.

Muley ab el Lairuk.—La gracia es un poquito fuerte.

Un suscriptor.—A la mayoría les gusta eso, y no hay modo de contestar á todos. ¡Preferiría V. que, como hacen los demás, llenáramos esa columna de anuncios!

Barbón Patillón.—Bien se está San Pedro en Roma; quiero decir, que deje V. en paz los chistes, porque no le salen.

P. Riquete.—Cádiz.—Aún no son publicables, pero no tiene V. mala madera, como suele decirse. ¡Aún no me han adoquinado la calle! ¡Ni la adoquinarán en lo que queda de siglo!

Sr. D. F. C.—Madrid.—Es... vamos, es poco interesante.

Sr. D. R. O.—Madrid.—¡Recaramba! ¡Vayas unas guindillas.

Sr. D. J. M. B.—Sevilla.—Se equivoca V. en contra suya. Vence en Abril del 88.

Sr. D. J. C.—Madrid.—Todos los versos tienen más de once sílabas, ¡todos! y un soneto así, hay que tirarlo á la calle.

Sr. D. J. F. G.—Barcelona.—Mire usted:

Do-se-que-bra el-mis-mo-hierro.

Ocho sílabas justas. De modo que está bien.

Gorila.—¿Ovillos y mal medidos? ¡Miel sobre hojuelas!

Timoteo.—Es algo sucia. He conocido la letra, Sr. D. E. de M.

Montoya.—Mala, en toda la extensión de la palabra.

Un terapeuta.—Llegará V. á hacerlo bien.

Alvaro de Mijenas.—Es un romance digno de Quevedo. Pero demasiado duro para los castos oídos de nuestras suscriptoras.

Lumacg.—Siguen dándose gracias. ¡Y de Sevilla! ¡Qué suerte!

Sr. D. A. O. B.—Madrid.—No puede decirse que están mal, pero el asunto tiene poco *chic*.

Caro de la Roca.—Hay ya un epigrama parecido á ese que empieza: «Algo corto es por delante,» etc.

Sr. D. G. de H.—Zamora.—12,50 tomo.

Sr. D. A. M. C.—Madrid.—Es bonita, y tiene gracia. Pero algunos detalles, como el del ojo, y algunos consonantes mal apropiados, como *sensatez* y *usted*, aparte de su desmesurada extensión, me impiden complacerle.

Sr. D. M. G. A.—Madrid.—¡Demontre! Es fuertecita.

Sr. D. R. B.—Madrid.—¡Cá, hombre! Aquello no iba con usted. Iba con otro ciudadano que firmó así.



Mr. Camame, servidor de VV. Lanillas,
tisús, encajes, sederie... Tout á prix reduits.
¿Qué me van vous á tomer?

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de París de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar 20 pesetas

Encuadernado en tela 25

Cartulinas sueltas (cada una) 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A libreros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100, es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.